

Un Fantasma Llamado Porfirio Barba-Jacob

Por Juan Luis Panero

Me ha llegado el momento, el difícil momento éste, de hablar de nuestro poeta, y digo difícil porque si hablar de cualquiera de los poetas que han sido estudiados en este ciclo es una dura y un tanto ingrata tarea (encerrar a poetas como Antonio Machado o César Vallejo en el corto espacio de una conferencia es un trabajo imposible), quizá con Porfirio Barba-Jacob la labor sea aún más dura. Es un hecho lamentable, pero real, que todos los poetas estudiados aquí durante este curso, tanto los españoles como los hispanoamericanos, ofrecen más posibilidad de acercamiento que Barba-Jacob. Y esto se debe fundamentalmente a que con mayor o menor facilidad podemos encontrar hoy en cualquier librería de Madrid obras de Gabriela Mistral o de Leopoldo Lugones, de Pedro Salinas o de Luis Cernuda; sin embargo, nos será absolutamente imposible hallar un solo libro de Barba-Jacob. Y si es imposible poder leer su poesía, excepto algunos poemas incluidos en antologías de la poesía hispanoamericana, lo es más aún encontrar alguna información extensa sobre su vida y su obra. En vista de ello, más que hacer un estudio crítico o erudito, la misión que me he impuesto a la hora de escribir esta conferencia es la de hacer una presentación somera, pero lo suficientemente informativa, de quién fue Porfirio Barba-Jacob y cuál fue su poesía. Es una desgracia del mundo hispánico —español e hispanoamericano—, que por falta de medios suficientes de información y difusión culturales tenga hoy que ser presentado como si fuera un joven poeta inédito alguien que, por sus merecimientos y valor artístico, pertenece ya a las raíces más hondas y vivificadoras de nuestra lengua y de nuestro espíritu. Lo único que me consuela es pensar que quizá a él le hubiera gustado más ser presentado así: antes que como valor consagrado y marmóreo, como un palpitante e inquieto poeta adolescente.

Si, como todos ustedes recordarán, el manifiesto del partido comunista comienza con estas palabras: "Un fantasma recorre Europa"

NOTA.— Apartes de la Conferencia pronunciada en la "Cátedra Ramiro de Maeztu" del Instituto de Cultura Hispánica, en el Ciclo de Poesía Contemporánea.

nosotros podíamos haber empezado esta charla afirmando que un fantasma recorre la poesía hispanoamericana, y este fantasma, este lúcido sonámbulo, se llamó Porfirio Barba-Jacob, pero también Ricardo Arenales y Maín Jiménez, ya que los tres son seudónimos que encubren su verdadero nombre: Miguel Angel Osorio Benítez. Por eso, antes de enfrentarnos con su poesía y de leer algunos de sus más significativos poemas, vamos a intentar aferrar ese fantasma y seguir, en lo posible sus huellas terrenales. Quizá para ello, en lugar de esta mesa que tengo delante, nos fuera más útil un velador de espiritista, y en lugar de un conferenciante, un médium de reconocidos poderes. Sin embargo, a falta de ello, hemos de conformarnos con la deshilvanada cronología externa de la vida de este hombre. Nace Porfirio Barba-Jacob —entonces todavía Miguel Angel Osorio— en el pueblo de Santa Rosa de Osos, pequeña ciudad del departamento de Antioquia, el 29 de julio de 1883. De origen campesino y de ascendencia judía, es hijo de un humilde abogado de provincias, aunque por la rama materna tiene algunos distinguidos antepasados. A los pocos meses de su nacimiento, sus padres le dejan al cuidado de sus abuelos paternos y a su lado vive una infancia feliz y campesina. Este sentimiento de seguridad y aún de felicidad que la naturaleza y el campo en especial le produce no le abandonará nunca. Años después escribirá:

¡Oh que gran corazón el corazón del campo
en esta noche azul y pura y reverente
todo lleno de amor y piedad sagrada
y fuerza suficiente!
Yo le escucho latir y comprendo mi vida:
me parece tan clara, tan profunda, tan simple.

En pleno tráfago de su terrible existencia, entre las borrascosas conmociones de su espíritu, siempre conservará esta admiración, este amor, por esa vida campesina, natural, frente a tanto artificio como le rodea, y que le hace comprender la suya propia como algo claro, profundo y simple.

Sencillez de las bestias sin culpa ni resabio,
sencillez de las aguas que apuran su corriente,
sencillez de los árboles...

Pero sigamos la ajetreada peregrinación del poeta. Y nada mejor para eso que recurrir al texto informativo de uno de sus más importantes exégetas y conocedores, el poeta hondureño Rafael Heliodoro Valle. Nos dice Valle que Porfirio sale de su pueblo en 1905 en busca de nuevos horizontes y marcha hacia Bogotá, y más tarde, a Barranquilla. Ya en 1907, y con su primer seudónimo: **Ricardo Arenales**, publica su poema "Campana florida", poema sin excesivo interés, pero en el cual se dan ya algunas notas que se irán continuando y ahondando en su poesía. Entresaquemos cuatro versos, en donde suena ya la voz poética y personal de Barba-Jacob:

¡Hora de los presentimientos
milagrosos y de las conmociones!

El campo es impasible, mi alma está despierta;
oye, alma mía, oye las voces de dolor...

Y volvemos de nuevo a su itinerario vital. En el mismo año de la publicación de este poema abandona su patria y se traslada a Méjico. Colabora en algunos diarios mejicanos, como **El Imparcial** y **El Mundo Ilustrado**, este último dirigido por el poeta Luis G. Urbina. En este periódico precisamente publica un año más tarde un emocionado elogio a Méjico, en donde dice, entre otras cosas: "Tengo la sensación de un hombre que, habiendo estado cinco años en una penitenciaría, sale, al fin, a gozar de la libertad, siente de nuevo la caricia del sol, busca los restos familiares y, curioseando bajo la sombra imponente de los palacios recién construídos, a través de los parques, entre la multitud laboriosa, con un gesto de avidez no satisfecha, se dispone a tomar posesión de la vida. Llego a tierras de Méjico y me parece que se abre ante mis ojos la ciudad ideal". Efectivamente, Méjico —su tierra y sus habitantes— iba a dejar honda y perdurable huella en la poesía y en la vida de Barba-Jacob. Y aún más: es en la ciudad de Méjico donde había de morir años después.

De 1908 a 1913 se traslada a Monterrey, donde colabora en diversas revistas y diarios, llegando a ser jefe de redacción, y más tarde, propietario de **El Espectador**. Desde Monterrey parte a San Antonio de Tejas, siguiendo su itinerario mejicano. Nos dirá: "Colombia es mi niñez y mi adolescencia. Méjico es mi juventud y mi dolor". Es decir, su enfrentamiento real con la vida. Vuelve a ciudad de Méjico y marcha a Veracruz, donde funda un diario. Después abandona esta su segunda patria para ir a Cuba, a la que luego retornará en sucesivas ocasiones y donde escribirá uno de sus más intensos poemas: "La canción de la vida profunda". Editorialista del **Diario de El Salvador**, en San Salvador, pasa más tarde a Guatemala, y así, en errabundas y sucesivas peregrinaciones, recorre toda Centroamérica. Al igual que otros muchos poetas de la época —Darío, por ejemplo—, su destino es un destino andariego bajo soles y cielos diversos. Y sí, al contrario de Rubén, Barba-Jacob no quiso o, más bien, no pudo venir a Europa, y sobre todo a la mítica Francia de aquellas décadas, no por eso dejó su espíritu insaciable y curioso de recorrer los más variados lugares dentro de la geografía americana. Viajero de nuevo por Centroamérica. Regresa a Méjico, de donde tiene que huir por razones políticas. Es éste el momento en que, perseguido bajo el nombre de **Ricardo Arenales**, seudónimo que había hecho popular, más que por sus poemas, por sus encendidos editoriales de cariz político, decide de nuevo cambiar de seudónimo, y nace el que le haría pasar a la historia de la gran literatura hispánica: **Porfirio Barba-Jacob**.

Redactor en 1926 del diario **La Prensa**, de Lima. Regresa al año siguiente a Colombia después de veinte años de ausencia. Allí da numerosos recitales y trabaja en diversos periódicos. Más tarde, de nuevo y por última vez, vuelve a Cuba y retorna, finalmente, a la tierra mejicana, en la que algunos años después, y consumido por las enfermedades (tuberculosis, entre otras), morirá el 14 de enero de 1942.



Pero todo esto no son sino hechos y fechas externas; la honda, verdadera y trágica biografía de Porfirio Barba-Jacob se va tejiendo por debajo de estos superficiales acontecimientos, y es esta última y dramática biografía la que daría vida y valor a sus poemas:

Nosotros somos los delirantes,
los delirantes de la pasión;
ved nuestras vagas huellas errantes
y en nuestras manos febricitantes
rojas piltrafas de corazón.

Estas rojas piltrafas de corazón son las que señalan su personalidad y dan fuerza a su poesía.

Ni marques la ruta ni cuentes las horas.

Así nos ha dejado dicho en un hermoso poema titulado, ¡y con qué verdad!, Espíritu errante, y en efecto, ese verso puede, sin duda, condensar todo el tránsito humano de Barba-Jacob. Si, como todos ustedes saben, la vida de los poetas, de los grandes poetas que en el mundo han sido, es, con muy honrosas excepciones, un increíble aquellarre, y sus biografías reales y últimas, una lectura poco aconsejable para alumnas de las Ursulinas, la de Barba-Jacob es, sin duda, de las menos ejemplares o más inmorales (llamémosla así). En efecto, Porfirio Barba-Jacob no se contentó con ser un alcohólico, con jugar, con recorrerse todos los más infectos tugurios de los países que visitó, con ser homosexual y, por último, con drogarse meticulosamente, sino que, además, ¡oh dioses!, tuvo la desfachatez de escribirlo en sus poemas. Algo realmente imperdonable. Pero no tomemos esto en broma: el gran drama de la vida de Porfirio se centra, por un lado, en su anhelo de un ideal de pureza —huella aún del romanticismo—, y por otro, en el combate diario con las pasiones que atormentaban su espíritu y su carne. En esta dualidad, sus poemas vienen a ser como una especie de liberación y en cierto modo de tranquilizante. Por eso, en una época literaria como la que le tocó vivir: el posmodernismo hispanoamericano, infectado de pobres imitadores de Rubén y de los grandes poetas modernistas. En una época de poesía literaria, en su peor sentido, la voz de Barba-Jacob nos estremece como un lamento, nos da la medida del dolor y de la angustia, la vibración de la poesía hecha vida y de la vida transformada en poesía. Quizá en algunos momentos —influencia de Baudelaire— acentúa su satanismo, un poco *pour épater le bourgeois*; pero, aún dentro de esa cierta exageración, su voz nos suena llena de fuerza y autenticidad. Recordemos su poema "Un hombre".

Los que no habéis llevado en el corazón el túmulo de un dios
ni en las manos la sangre de un homicidio;
los que no comprendéis el horror de la conciencia ante el Universo;
los que no sentís el gusano de una cobardía
que os roe sin cesar las raíces del ser,
los que no merecéis ni un honor supremo
ni una suprema ignominia:

Juan Luis Panero

Los que gozáis las cosas sin ímpetus ni vuelcos,
sin radiaciones íntimas, igual y cotidianamente fáciles;
los que no devanáis la ilusión del Espacio y el Tiempo,
y pensáis que la vida es esto que miramos,
y una ley, un amor, un ósculo y un niño;
los que tomáis el trigo del surco rencoroso,
y lo coméis con manos limpias y modos apacibles;
los que decís: "Está amaneciendo"
y no lloráis el milagro del lirio del alba;

Los que no habéis logrado siquiera ser mendigos,
hacer el pan y el lecho con vuestras propias manos
en los tugurios del abandono y la miseria,
y en la mendicidad mirar los días
con una tortura sin pensamientos:

Los que no habéis gemido de horror y de pavor,
como entre duras barras, en los abrazos férreos
de una pasión inicua,
mientras se quema el alma en fulgor iracundo,
muda, lúgubre,
vaso de ~~ap~~probio y lámpara de sacrificio universal:

¡Vosotros no podéis comprender el sentido doloroso
de esta palabra: *Un Hombre!*

Es a todas luces indudable que la aventura humana de Barba-Jacob está llena de interés y que el elemento anecdótico se da en él como en pocos escritores contemporáneos. Podríamos recordar las mil y una anécdotas de su estancia en Cuba, algunas de las cuales nos relata Raúl Roa en un trabajo sobre el poeta. De las anécdotas de su época habanera hay una que me hace especial gracia y que, pese a no ser muy partidario de las anécdotas en una conferencia, voy a contar. Estaba Barba-Jacob enfermo, agotado y exhausto de vida y de vicio cuando un grupo de admiradores cubanos, jóvenes poetas, etc., pensaron que lo que necesitaba era reposo. Para ello, y a la vista de la penuria económica en que Barba se encontraba, pidieron a una anciana y bondadosa señora, amante de las letras, que invitara al poeta a su casa de campo para que pudiera allí descansar y hacer una cura de salud. La señora accedió complacida y durante días sus jóvenes amigos no supieron más de él. Al cabo de cierto tiempo alguien encontró a la señora y le preguntó por el poeta. Contestó ella: "Oh, el poeta está muy bien, muy mejorado; se pasa todo el día en el jardín cuidando sus plantitas". Al contar después éste en el grupo su encuentro, alguien tuvo una sospecha y fue a visitar al poeta en su plácido retiro campesino. En efecto, Barba-Jacob estaba con sus plantitas: había sembrado todo el jardín de la anciana señora con plantas de marihuana. Anécdotas como ésta las hay en gran número, y algunas de las mejores se pueden leer en el libro **El hombre que precia un caballo**, escrito por Rafael Arévalo Martínez, relato extraordinario, del que Porfirio es innombrado protagonista. Pero si bien es cierto que una vida rica en aventuras y

anécdotas puede en algunos casos servir como acicate de la curiosidad del lector, también lo es que una personalidad digamos escandalosa puede oscurecer en ciertos momentos la importancia de su obra. Es el caso de Oscar Wilde o, entre nosotros y por distintas razones, el caso de Valle-Inclán. Por ello, a la hora de hablar de Barba-Jacob he pensado que era necesario subrayar su verdadera personalidad y de alguna manera dar una idea de sus peripecias humanas. Pero sin desorbitarlo. Ya que si todo esto es cierto, no lo es menos que en el momento de enfrentarse con su poesía Barba-Jacob no era en absoluto un loco o un irresponsable. Hay en él un indudable sentido crítico y una firme exigencia frente a sus poemas. Exigencia que le llevó a no publicar jamás en vida una recopilación amplia de su poesía, sino sólo poemas sueltos o pequeñas colecciones. El mismo nos dice: "Por más que hube reunido quince, veinte poemas, rehusé a asesinarlos y a sepultarlos dentro de un libro". Y no solamente Barba se preocupa por sus poemas digamos egoístamente, sino también por su posición como poeta dentro de la poesía hispanoamericana de aquel momento. En el prólogo a una breve colección de poemas suyos titulada **Rosas Negras** nos afirma: "La lírica hispanoamericana necesita dilatar el imperio de sus libertades. No es posible dejarla en el lugar adonde la llevaron los maestros desaparecidos y sus contemporáneos que declinan: Jorge Isaacs, José Asunción Silva, Gutiérrez Nájera, Rubén, Salvador Díaz Mirón, etc. Es necesario ir más adelante, no sólo para que resuene en nuestros cantos la voz de esta edad, sino para que nuestros sucesores reciban la lira con nuevas cuerdas. Yo trabajo en este glorioso empeño". Hasta qué punto consiguió Barba este empeño es tema de larga y meditada discusión; lo que sí queda claro es que dio un paso, mayor o menor, hacia adelante en la evolución de la poesía hispanoamericana. Puente entre dos momentos claves de la poesía hispanoamericana: el modernismo a sus espaldas con todos sus logros de un Rubén o un Lugones, y frente a él la nueva generación poética (Vallejo, Vicente Huidobro, Neruda), que daría, y para siempre, forma y expresión personal a la poesía de aquellos países, la posición de Barba es difícil. Torcer el cuello al cisne modernista era su deber histórico como poeta, pero por otro lado estaba demasiado vinculado al modernismo, a la poesía finisecular, para lanzarse a las entonces extravagantes y suicidas experiencias del Huidobro de **Altazor**, el Vallejo de **Trilce** o, más joven aún, el Neruda de **Residencia en la tierra**. Como su contemporánea Gabriela Mistral, sabe que el modernismo está ya superado y en franca decadencia, pero, como ella también, se ha educado poéticamente en pleno auge de este movimiento y le será muy difícil borrar por completo sus ecos y lanzarse a una aventura poética que haga tabla rasa del pasado. Esta situación intermedia es a veces la gran virtud, y en otras, el más grave defecto de la poesía de Barba-Jacob. Suenan ecos retóricos de un Baudelaire o de un Verlaine mal traducidos o mal comprendidos, quedan cisnes de escayola de un modernismo todavía asfixiante. Y de pronto, en medio de estas caídas, algún poema deslumbrante. En su fondo y en su manera, innovador. Un poema de tema permanente y perfecta ejecución, pienso ahora, es la "Canción de la vida profunda", que lleva esta cita de Montaigne: "El hombre es cosa vana, variable y ondeante...". Dice así este poema:

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves brizas al viento y al azar.
Tal vez bajo otro cielo la gloria nos sonríe.
La vida es clara, undívaga y abierta como un mar.

Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles,
como en abril el campo, que tiembla de pasión:
bajo el influjo pródigo de espirituales lluvias,
el alma está brotando florestas de ilusión.

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos...
—¡niñez en el crepúsculo!, ¡lagunas de zafir!—
que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza,
y hasta las mismas penas nos hacen sonreír.

Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos,
como la entraña oscura de oscuro pedernal:
la noche nos sorprende con sus profusas lámparas,
en rútilas monedas tasando el Bien y el Mal.

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer:
tras de ceñir un talle y acariciar un seno,
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,
como en las noches lúgubres el llanto del pinar.
El alma gime entonces bajo el dolor del mundo,
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar.

Mas hay también ¡oh Tierra! un día... un día... un día
en que levamos anclas para jamás volver...
Un día en que discurren vientos ineluctables.
¡Un día en que ya nadie nos puede retener!

Sobre la "Canción de la vida profunda" comenta el ensayista Clarence Finlayson que "el poeta aquí vuelve sobre sí mismo y se sumerge en su propio misterio. El hombre es un ser extraño en esta tierra: vive como eterno siendo efímero, se alza como un dios en medio de la contingencia y la fragilidad fundamental del universo. Su impulso amoroso hacia todas las cosas le conduce en todas las direcciones". En efecto, Barba es un poeta desazonado, inquieto, como afirma al comienzo de su gran poema "Acuarimántima":

Vengo a expresar mi desazón suprema
y a perturbarla en la virtud del canto.

Esta angustiada desazón, esta especie de frenesí divino que Platon pedía para el poeta, es el aliento que atraviesa y conmueve toda la obra poética de Barba. Y frente a esta desazón que la vida le produce, más que a cualquier otro tema, Barba vuelve generalmente a las dos constantes que con mayor fuerza se repiten en su poesía: por un lado, la nostalgia de la vida campesina, natural, a la que ya habíamos hecho antes referencia; y, dentro de esta vida campesina, a los recuer-

dos de su niñez, a la que regresa con extraordinaria emoción en el poema titulado "Parábola del retorno", poema de excepcional importancia, tanto en lo que se refiere a la parte técnica, indudablemente innovadora para aquella época, poesía coloquial y directa, como a la parte emocional:

Señora, buenos días; Señor, muy buenos días...
Decidme, ¿es esta granja la que fue de Ricard?
¿No estuvo recatada bajo frondas umbrías?
¿No tuvo un naranjero, y un sauce, y un pomar?

El viejo huertecito de perfumadas grutas
donde íbamos... donde iban los niños a jugar,
¿no tiene ahora nidos y pájaros y frutas?
Señora, ¿y quién recoge los gajos del pomar?

Decidme, ¿ha mucho tiempo que se arruinó el molino
y que perdió sus muros, su acequia, su pajar?
Las hierbas, ya crecidas, ocultan el camino.
¿De quién son esas fábricas? ¿Quién hizo puente real?

El agua de la acequia, alma de linfa pura,
no pasa alegre y gárrula cantando su cantar;
la acequia se ha borrado bajo la fronda oscura,
y el chorro, blanco y fúlgido, ni riel a ni murmura...

Señor, ¿no os hace falta su música cordial?

Dejadme entrar, señores... ¡por Dios! Si os importuno,
este precioso niño me puede acompañar.
¿Dejáis que yo le bese sobre el cabello bruno
que enmarca, entre caireles, su frente angelical?

Recuerdo... Hace treinta años estuvo aquí mi cama;
hacia la izquierda estaban la cuna y el altar...
Decidme, ¿y por los techos aún fluye y se derrama,
de noche, la armonía del agua en el pajar?

Recuerdo... Eramos cinco... Después, una mañana,
un médico muy serio vino de la ciudad;
hizo cerrar la alcoba de Tonia, y la ventana...
Nosotros indagábamos con insistencia vana,
y nos hicieron alejar.

Tornamos a la tarde, cargados de racimos,
de piñuelas maduras, de gajos de azahar.
La granja estaba llena de arrullos y de mimos:
¡y éramos seis! ¡Había nacido Jaime ya!

Señora, buenos días; señor, muy buenos días.
Y adiós... Sí, es esta granja la que fue de Ricard,
y este es el viejo huerto de avenidas umbrías,
que tuvo un sauce, un roble, zuribios y pomar,
y un pobre jardincillo de tréboles y acacias...
¡Señor, muy buenos días! ¡Señora, muchas gracias!

Pero otras veces no es ya la vuelta a sus recuerdos campesinos, sino la mera contemplación de la naturaleza la que le hace enfrentar con ella su propia vida y su destino humano; así ocurre en otro de sus más bellos poemas, el titulado "Elegía de septiembre":

Cordero tranquilo, cordero que paces
tu grama y ajustas tu ser a la eterna armonía:
hundiendo en el lodo las plantas fugaces
huí de mis campos feraces
un día.

Ruiseñor de la selva encantada
que preludias el orto abrileno:
a pesar de la fúnebre Muerte y la sombra y la nada,
yo tuve el ensueño.

Sendero que vas del alcor campesino
a perderte en la azul lontananza:
los dioses me han hecho un regalo divino:
la ardiente esperanza.

Espiga que mecen los vientos, espiga
que conjuntas el trigo dorado:
al influjo de soplos violentos,
en las noches de amor, he temblado.

Montaña que el sol transfigura,
Tabor al febril mediodía,
silente deidad en la noche estelífera y pura:
¡nadie supo en la tierra sombría
mi dolor, mi temblor, mi pavura!

Y vosotros, rosal florecido,
lebreles sin amo, luceros, corpúsculos,
escuchadme esta cosa tremenda: ¡He vivido!
He vivido con alma, con sangre, con nervios, con músculos
y voy al olvido...

La otra constante de la poesía de Barba es la muerte. Raro será el poema en que, de una manera u otra esta palabra o esta idea no aparezca. Y ante la muerte, Barba toma dos actitudes: una, vitalista, de exaltación de los placeres de la vida; otra, la más usual, pesimista, atormentada, frente a este su seguro destino.

Una vez, con calma casi estoica y aún con un mesurado optimismo, nos dirá:

De las tumbas humildes se levanta
leve flor, en el aire un turpial canta
y la tarde es ya día que pasó.
Muda calma, Temblor. Melancolía.
¡Todo el dolor y toda la alegría,
y nadie ha sido más feliz que yo!

En otras ocasiones, por el contrario, la idea de la muerte se hace tan lacerante, que el poeta prefiere morir:

Un Fantasma Llamado Porfirio Barba-Jacob

Qué vana es la vida, qué inútil mi impulso,
y el verdor edénico y el azul abril...
¡Oh sórdido guía del viaje nocturno!
¡Yo quiero morir!

Unas veces habla con cierta esperanza de la muerte:

Fui hasta la Muerte... Un alba se hizo en mi corazón.

Otras con el desencanto del que no ha podido vivir en su plenitud la vida:

Y tengo la recóndita tristeza inenarrable
de aquel que entra en la muerte sin conocer la vida.

Y así múltiples veces aparece y desaparece la Muerte, con ma-yúscula, brumoso telón de fondo de la existencia del poeta.

Pero no es sólo la obsesión de la Muerte o la fragilidad y disparidad de los sentimientos a las que antes hicimos mención o el paso del tiempo o la nostalgia de la niñez feliz, hay algo más: hay esa profunda desazón, que podríamos llamar existencial, si esta palabra tuviera su auténtico sentido, desprovisto de la pedantería que últimamente se le ha añadido.

Esta desazón existencial (de nuevo, perdón) nos la explica así el poeta Rafael Maya hablando de Barba-Jacob: "Sólo que, a través de su divino impudor, no hemos advertido penas mediocres ni pasajeras angustias, ni mucho menos la querella romántica, formada de conflictos caseros y desengaños retóricos, sino una inquietud infinita y lacerante que no busca consuelos superiores porque gusta de exacerbarse a sí propia, mirando hacia la tierra con agobio de bestia herida".

Aunque a veces deja en el misterio aquel último fin que buscaba en la vida, como, por ejemplo, en la "Nueva Canción de la Vida Profunda", en que termina diciendo:

No te vas, torcaza rendida, juventud dulce,
dulcemente desfallecida, no te vas:
¡Quiero apurar el íntimo deleite de la vida!
—¿Y nada más?
—Y un poco más...

Sin embargo, de todos los poemas de Barba-Jacob en que se enfrenta con el tema de la vida, de la suya propia y de la vida en general, es para mí el más intenso y desnudo de retórica aquel que se titula "Lamentación baldía". En este poema hay ecos muy palpables del Rubén de los *Nocturnos* y, sobre todo, de "Lo fatal"; pero, de cualquier forma, ¡cuánta verdad se respira en estos versos y qué estremecida y estremecedora humanidad se encierra detrás de ellos!

Mi mal es ir a tuestas con alma enardecida,
ciego sin lazarillo bajo el azul de enero;
mi pena, estar a solas errante en el sendero;
y el peor de mis daños, no comprender la vida.

Juan Luis Panero

Mi mal es ir a ciegas, a solas con mi historia,
hallarme aquí sintiendo la luz que me tortura
y que este corazón es brasa transitoria
que arde en la noche pura.

Y venir, sin saberlo, tal vez de algún oriente
que el alma en su ceguera vio como un espejismo
y en ansias de la cumbre que dora un sol fulgente
ir con fatales pasos hacia el fatal abismo.

Con todo, hubiera sido quizás un noble empeño
el exaltar mi espíritu bajo la tarde ustoria
como un perfume santo...
¡Pero si el corazón es brasa transitoria!

Y sin embargo, siento como un perenne ardor
que en el combate estéril mi juventud inmola...
(¡Oh noche del camino, vasta y sola,
en medio de la muerte y del amor!).

Como es lógico, de una personalidad humana tan rica como la de Barba-Jacob y de una poesía por tantas razones interesante, las interpretaciones o divagaciones que podríamos seguir haciendo serían interminables. Y lo que más lamento es que esta ignorancia, irremediable de momento, que existe en España sobre su poesía me haya impedido hacer un estudio más matizado y técnico de lo que su obra poética representa en la parte más innovadora. Fondo y forma de una poesía personal y diferente, gracias a la cual se abren nuevas puertas, sopla un aire nuevo en muchos rincones de la poesía hispánica. He sacrificado, sin duda, el rigor de un estudio al calor de una cordial presentación. Espero que al menos, más que mis palabras, los poemas que he leído aquí de Barba-Jacob muevan la curiosidad de alguno de mis oyentes para que, venciendo las ya explicadas dificultades, trate de poder acercarse a su poesía y leerla con el mismo calor con que yo he tratado hoy de presentársela a ustedes.

Ahora, antes de terminar y para cerrar mis palabras con la propia voz de Barba-Jacob, voy a leer uno de sus más hondos poemas, el titulado "Futuro". Aquí, el mismo poeta nos da su autorretrato, con la más patética sinceridad y la más desvelada emoción. Tratando, con mucho más acierto y justeza que lo he hecho yo, de aferrar por un momento entre las manos a ese fantasma, atormentado y tierno, balbuceante y luminoso, infantil y viejo como el mundo, que se llamó, que se llama: Porfirio Barba-Jacob.

El poema dice así:

Decid cuando yo muera... (¡y el día esté lejano!):
Soberbio y desdeñoso, pródigo y turbulento,
en el vital deliquio por siempre insaciado,
era una llama al viento...

Vagó, sensual y triste, por islas de su América;
en un pinar de Honduras vigorizó el aliento;

Un Fantasma Llamado Porfirio Barba-Jacob

la tierra mexicana le dio su rebeldía,
su libertad, sus ímpetus... Y era una llama al viento

De simas no sondadas subía a las estrellas:
un gran dolor incógnito vibraba por su acento;
fue sabio en sus abismos —y humilde, humilde, humilde—
porque no es nada una llamita al viento...

Y supo cosas lúgubres, tan hondas y letales,
que nunca humana lira jamás esclareció,
y nadie ha comprendido su trémulo lamento...
Era una llama al viento y el viento la apagó.